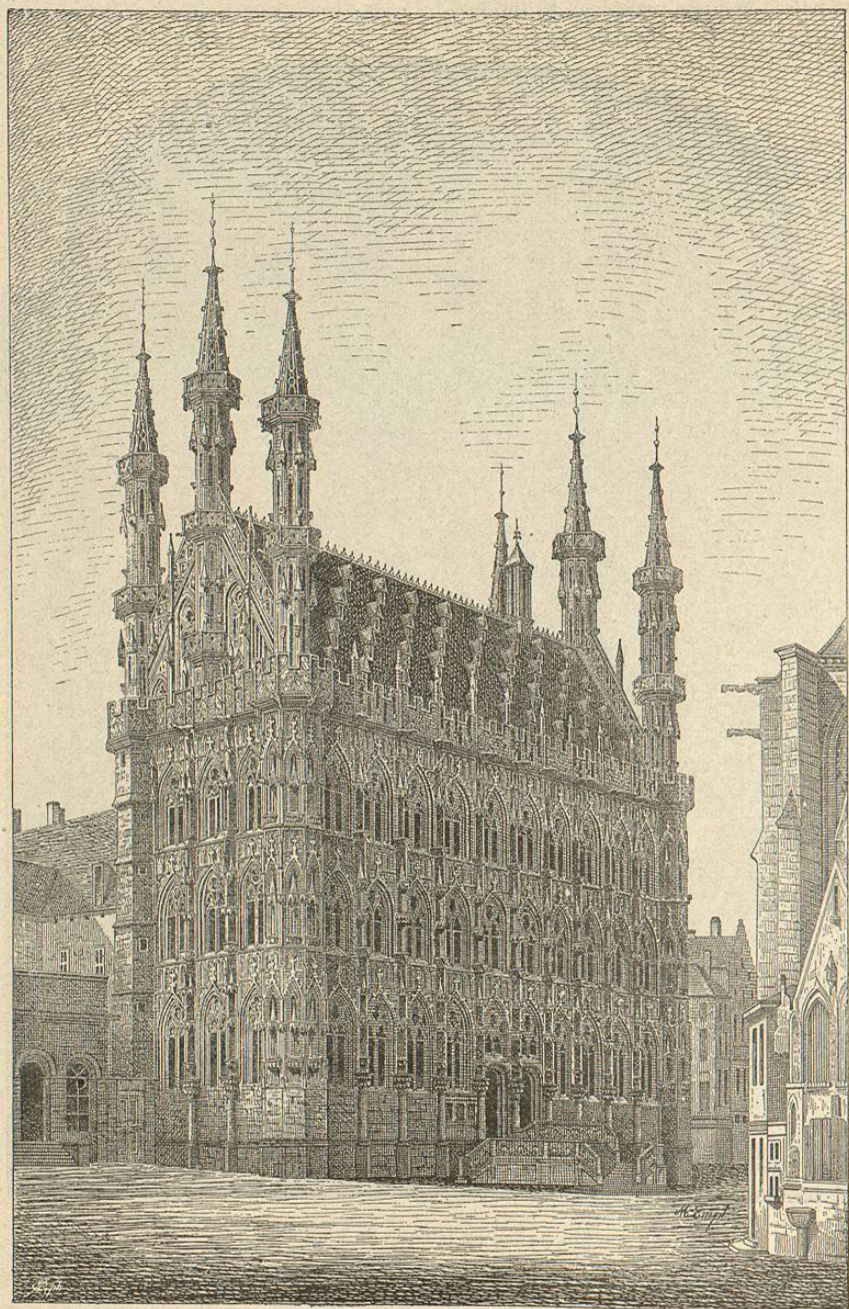


emperador Federico III, pero esto era entonces sumamente fácil. Este Habsburgo indolente estaba muy disgustado de la oposición que le hacían los príncipes del imperio exigiéndole reformas y no dejándole reposo; sabía que muchos pedían su destitución para poner en su lugar otro rey más activo, y que a no haber sido por la conducta ambigua en materia religiosa del rey de Bohemia Jorge Podiebrad, éste

habría sido ya elegido en su lugar. Otros habían pensado en elegir rey de Alemania al mismo duque de Borgoña, con el cual por otra parte le convenía estar en buenas relaciones y, si posible fuera, estrechamente aliado. Así era también fácil volver a someter a la casa de Habsburgo a los suizos confederados, por cuya razón abogaba también a favor de esta alianza el duque Segismundo de Austria, mientras no



Casa consistorial de Lovaina, construida desde 1448 hasta 1463.

había que temer oposición ninguna de parte del imperio alemán.

El duque Carlos, aunque impetuoso y brutal, no carecía de talento, y sin ser un genio diplomático sabía muy bien la manera de ganar la voluntad del emperador Federico y hacerle proceder con alguna energía. Ofrecióle para su hijo Maximiliano la mano de su única hija y seguramente su única heredera, la joven princesa María, que a la sazón contaba quince años, mano que le servía de cebo principal en sus negociaciones diplomáticas, porque con ella había halagado a Carlos de Guena para hacerle rebelar contra su hermano el rey Luis XI; después había enseñado el mismo anzuelo al

difunto duque Nicolás de Lorena, y a la sazón la puso en juego delante del Habsburgo, del cual se decía que creía destinada su casa a ser señora del mundo por medio de casamientos ventajosos. Grande era el precio que pedía el duque en cambio de la mano de su hija; pero al avenirse el emperador a concederle, lo pagaría, según fuesen las circunstancias, a expensas de otros, y de todos modos si se llegaba a verificar el matrimonio de su hijo Maximiliano con la heredera de Borgoña abriría a su propia casa un porvenir brillantísimo. A pesar de no fiarse las partes la una de la otra, temiendo cada cual caer en un lazo, llegaron al cabo de largas negociaciones al acuerdo de desposar a sus hijos solemnemente

en un congreso reunido a este fin, y en el cual el emperador nombrara al duque vicario de todos los territorios pertenecientes al imperio a la izquierda del Rin, coronándole en ellos como rey. Este arreglo al divulgarse despertó en todas partes grandísima inquietud, porque este título de rey no debía ser para el duque un mero coronamiento aparatoso de

lo que hasta entonces había alcanzado, sino una nueva base y un nuevo título para ambicionar y lograr mucho más. Una vez rey, temían todos con razón que no conociera ya límites la ambición insaciable y el despotismo brutal del duque Carlos; y si el viejo rey Renato, que sacrificaba a su propio nieto de Lorena al codicioso Carlos de Borgoña, nombraba



Facsimile de un grupo de la «Puerta triunfal de Maximiliano I,» dibujo de Alberto Durero.

La escena representa la rendición de Felipe, hijo de Maximiliano, hecho prisionero por los flamencos sublevados.

En primer término, combate entre los flamencos y la infantería de Maximiliano.

á éste, según se decía, sucesor suyo en la Provenza, nadie habría podido impedir á Carlos penetrar en la Alta Italia y apropiarse quizás el ducado de Milan. Entonces, en las manos de un déspota, que no respetaba derechos adquiridos ni fueros ni privilegios de clase, que poseía riquezas al parecer inagotables y el mejor ejército del mundo, estaría reunido un imperio que se extendería desde las playas mediterráneas y los Alpes Marítimos hasta las Bocas del Rin, del Mosa y del Escalda.

Luis XI siguió atento y poseído de inquietud el desen-

volvimiento de estos sucesos, y los suizos vieron acercarse el momento en que tendrían que defender su existencia y libertad contra tan formidable potencia. Los habitantes de Berna, á los cuales trataba continuamente de irritar el brutal Pedro de Hagenbach, instaban á sus aliados á prepararse para salir en el momento oportuno á la defensa de su libertad y de su honra.

En esta situación se abrió con aparato y pompa extraordinarios y grandísima confianza de buen éxito el congreso en el cual debían cimentarse las bases de la unión entre el



emperador Federico III y el duque de Borgoña, bases sobre las cuales pensaba Carlos fundar sus proyectos ulteriores; pero cuando mas vivos eran los tentores, se deshizo el congreso por un acto de informalidad inaudita del emperador, con lo cual quedó aplazada por algun tiempo la terrible crisis y cambiaron completamente la posición y la actitud de las partes interesadas.

Habiase pensado al principio en reunir el congreso en Metz; pero esta ciudad, temiendo que el duque de Borgoña, que deseaba adquirir la Lorena, se apoderase de ella con un golpe de mano, á la sombra del congreso, suplicó que se la

dispensara de tan peligroso honor. El emperador apoyaba el deseo del duque; pero á fin de no irritar á éste, que estaba haciendo preparativos inmensos para el congreso, la ciudad le regaló una fuente de oro llena de monedas del mismo metal y además dos carros cargados de vino del Rhin y de trigo, juntamente con algun ganado de matadero. En vista de la repugnancia de los ciudadanos de Metz, destínose á Tréveris para lugar de la conferencia.

Antes de pasar á esta última ciudad fué Carlos en romería á los santuarios que contiene la basílica de Santa María de Aquisgran, donde expuso con torpe boato los tesoros de



Aplicación de la pena de azotes á un hombre delante de la picota.

Miniatura del manuscrito de Juan Froissart que se conserva actualmente en la biblioteca municipal de Breslau.

su capilla, que llevaba consigo en sus campañas, y cuya magnificencia y riqueza fueron el asombro de la gente, que esparció pronto su fama por todo el país. Desde allí se dirigió Carlos á Luxemburgo, donde aguardó la llegada del emperador á Tréveris, que se efectuó el 29 de setiembre de 1473. Con inmenso y lujosísimo séquito dirigióse entonces Carlos á la misma ciudad, en la cual entró en compañía del emperador despues del encuentro convenido de los dos delante de sus murallas. El emperador, á pesar de su imponente séquito, en el cual figuraban, además de su hijo Maximiliano, el arzobispo de Maguncia, el obispo de Metz, los duques Luis y Alberto de Baviera, el margrave Carlos de Baden, el conde Everardo de Wurtemberg y gran número de otros príncipes y magnates, principalmente del Mediodía de Ale-

mania, hizo un triste papel por lo mezquino al lado del opulento y fastuoso duque, cuyo séquito desde luego era muchísimo mas numeroso, tanto que iba con él la mitad de su ejército, que formó calle en una extensión de mas de dos leguas de camino. De este séquito magníficamente ataviado y armado se destacaba Carlos, que llevaba sobre su brillante y preciosa armadura un manto bordado de oro y engastado de diamantes de mas de 200,000 ducados de valor. Al encontrarse delante de la ciudad, apeóse Carlos é hincó una rodilla ante el emperador; entonces apeóse tambien éste, alzó al duque, lo abrazó y se dirigieron juntos á la ciudad, á cuya puerta les aguardaba el príncipe-arzobispo, Juan de Baden. Una muchedumbre inmensa llenaba las calles y plazas del tránsito, admirando el lujo de los borgoñones, á cuyo

lado debían hacer los alemanes ciertamente un papel muy mezquino. Juntos se dirigieron á la catedral, y despues del acto religioso se separaron; el emperador se dirigió al palacio arzobispal, donde se le habia preparado alojamiento, y el duque á la abadía de San Maximino extramuros, donde tambien se alojó. En esta abadía se abrió el congreso, en cuyos discursos convenidos y aprobados probablemente lo mismo que el fastuoso ceremonial, se trató, para encubrir el objeto verdadero, de las muchas é interminables guerras

que Carlos habia sostenido contra Luis XI, y á las cuales el emperador debia poner fin interponiendo su mediación á fin de que la cristiandad pudiese dirigir todas sus fuerzas contra los turcos. El canciller de Carlos pronunció ante la brillante asamblea, presidida por el emperador sentado en un trono, un discurso campanudo contra Luis XI acusándole de ingratitud respecto del duque, de quebrantamiento de su palabra, del envenenamiento del duque de Guiena, y de haber hecho lo posible para impedir la cruzada contra los



El príncipe y la princesa de Gales recibiendo en audiencia.

Miniatura del manuscrito de Juan Froissart que se conserva actualmente en la biblioteca municipal de Breslau.

turcos que todo el mundo deseaba. Estas acusaciones, faltas de todo valor práctico, descubrieron por lo menos claramente contra quién se dirigía la unión del duque de Borgoña con el emperador, del Valois y del Habsburgo, y lo comprendieron muy bien los franceses y los suizos.

Los puntos esenciales de la entrevista fueron tratados naturalmente en sesiones mas confidenciales y en éstas se demostró luego que la inteligencia entre las dos partes solo existía en apariencia, porque en realidad la una no se fiaba de la otra, y cada una se esforzaba por engañar á su aliada y hacerle soltar prendas sin soltarlas ella. Así en lugar de aproximarse, se apartaron los dos contratantes, principalmente por las exigencias exageradas del borgoñon, que no contento con la corona real y el vicariato en la izquierda del

Rhin pedia los obispados de Lieja, Utrecht, Cambray y Tournai, es decir, sus territorios, para redondear los de Borgoña por el lado del Escalda y del Mosa. Con la adquisición de Utrecht quedaba Carlos dueño de los frisonos, cuyo territorio tendria cercado enteramente y cuya sumision habria sido solo una cuestión de tiempo. No pidió Carlos la Lorena tambien, porque Luis XI tenia en las provincias limítrofes la suficiente fuerza armada para invadirla y ocuparla al primer paso que Carlos diera en este sentido. Al mismo tiempo Luis XI trabajaba activamente para suscitar las sospechas del emperador respecto de los proyectos de su insolente vasallo, que ambicionaba la corona imperial y arrebataría á Maximiliano, y quizás al mismo emperador en vida, las coronas real é imperial de Alemania.